ba por enternecerse y me juraba que, cuando llegase el momento, daría tierra á mi cuerpo con la mayor suavidad, con mano de amigo cariñoso.

VI.

Viví así más de un año en plena necrología.

Cierta mañana no vino mi vecino Santiago. Ocho días después había muerto.

Cuando dos de sus colegas se llevaron el muerto, estaba yo en el umbral de mi puerta. Les ví bromear, bajando el ataúd, que se quejaba sordamente á cada sacudida.

Uno de ellos, bajo y grueso, decía al otro, alto y delgado:

—Enterremos al enterrador.

EL PARAÍSO DE LOS GATOS

Una parienta me legó un gato de Angola, que es el animal más estúpido que nunca haya conocido. He aquí lo que él mismo me refirió cierta noche de invierno, ante las calientes cenizas de la chimenea.

I

Tenía entonces dos años, y era el gato mejor cuidado y más ingenuo que es dable imaginar. En edad tan temprana, mostraba ya todas las pretensiones de un animal que desdeña las dulzuras del hogar. Y sin embargo, ¡cuántas gracias debía á la Providencia por haberme colocado en la casa de su tía de usted..! La excelente señora me adoraba. Yo tenía en el fondo de un armario una verdadera alcoba, un colchón de plumas y triple manta. El alimento no desdecía de la cama: nunca pan, jamás sopas; siempre carne, y carne bien fresca, chorreando sangre.

Mas, no obstante tanta dicha, me poseía un deseo, un sueño, el de huir por la entreabierta ventana y escaparme á los tejados. Las caricias se me antojaban sosas; la molicie de mi lecho me causaba náuseas; estaba gordo hasta darme asco á mí mismo; en fin, me aburría soberanamente.

Debo decir que, alargando el cuello, había visto cierto día desde la ventana, en el tejado de enfrente, á cuatro gatos que retozaban, con el pelo erizado, alta la cola, tomando el sol y dando saltos y tumbos sobre las pizarras azules, y mayando de alegría. Nunca había contemplado espectáculo tan extraordinario.

Desde entonces formé mi resolución. La verdadera felicidad estaba en el tejado, tras de aquella ventana que se cerraba tan cuidadosamente. Para convencerme más, me decía que así se cerraban las puertas de los armarios donde se guardaban los manjares.

Mi proyecto de huir era irrevocable. Debía haber en la vida algo más que carne echando sangre. Una mañana se olvidaron de cerrar la ventana de la cocina. Salté en el acto á un tejadillo que había al lado.

II.

¡Qué hermosos estaban los tejados! Los limitaban anchas canales, que exhalaban aromas deliciosos. Seguí voluptuosamente aquellas canales, donde mis patas se hundían en un lodo fino, tibio y blandísimo. Me parecía que andaba sobre terciopelo. ¡Qué calor tan agradable al sol! Mi grasa se fundía.

No ocultaré á Ud. que en más de una ocasión me eché á temblar. Había algún espanto en el fondo de mi alegría. Recuerdo, especialmente, cierta emoción terrible que dió en tierra con mi cuerpo. Tres gatos que rodaron desde lo alto de una casa, se acercaban á mí, maullando horrorosamente. Viéndome que desfallecía, me trataron de tonto, y me dijeron que todo era pura broma. Me puse á mayar con ellos. Aquello era encantador. Alegres y retozones, no tenían mi estúpida grasa, y se burlaban de mí cuando me deslizaba como una bola sobre las planchas de zinc caldeadas por el sol. Un gato viejo, padre de la banda, me cobró particular afecto; prometióme consagrarse á mi educación, cosa que acepté con reconocimiento.

¡Ah! ¡Qué lejos estaba la asadura que comía en casa! Bebí en las canales, y nunca la leche azucarada me supo tan dulce y agradable como aquel agua. Todo me parecía bueno y hermoso. Pasó una gata, gata encantadora, á cuya vista experimenté una sensación desconocida. Sólo en sueños había contemplado hasta entonces á esas criaturas deliciosas, cuyo espinazo se arquea con adorable flexibilidad. Mis tres compañeros y yo nos precipitamos al encuentro de la recién llegada. Me adelanté á mis amigos, y, disponíame ya á dirigir á la hermosa mis cumplimientos, cuando uno de mis camaradas me mordió cruelmente en el cuello. Lancé un chillido de dolor.

—¡Bah! (me dijo el gato padre, tirando de mí.) Ya encontrarás otras.

III.

Al cabo de una hora de paseo, sentí atroz apetito.

—¿Qué se come en los tejados?— pregunté á mi maestro.

—Lo que se encuentra,—me respondió doctamente.

Esta respuesta me puso en grave aprieto, porque por más que buscaba, no encontraba nada. Vi al fin

en una buhardilla á una joven obrera que estaba preparando su desayuno. Sobre la mesa, debajo de la ventana, brillaba una magnífica chuleta de un rojo apetitoso.

—He aquí mi negocio,—pensé ingenuamente.

Salté á la mesa, y me abalancé á la chuleta. Nunca lo hubiera hecho: la obrera, que estaba en guardia, me asestó en el lomo un terrible escobazo. Abandoné mi presa, y huí dando espantosos alaridos.

—¿Te has caído de un nido? (me dijo el gato padre). La carne que veas en las mesas, debe ser deseada desde lejos. Hay que buscar en las canales.

Nunca pude comprender que la carne que hay en la cocina no perteneciese á los gatos; mi estómago empezaba á resentirse seriamente. El gato padre acabó de desesperarme, diciéndome que era preciso aguardar á la noche. Entonces bajaríamos á la calle y registraríamos los montones de basura. ¡Aguardar hasta la noche! Lo decía tranquilamente, como filósofo convencido. En cuanto á mí, desfallecía ante el solo pensamiento de este ayuno prolongado.

IV.

La noche vino lentamente; noche de niebla que me heló. Caía un agua finísima, penetrante, azotada por bruscas ráfagas de viento. Bajamos por el hueco de una escalera. ¡Qué fea me pareció la calle! ¡Todo

se había acabado, el calor agradable, el brillante sol, los tejados resplandecientes como un espejo, donde me revolcaba con tanto gusto. Mis patas resbalaban en el sucio adoquinado. Recordé con amargura mi triple manta y mi colchón de plumas.

No bien en la calle, mi amigo se puso á temblar. Encogióse cuanto pudo; se deslizó furtivamente á lo largo de la pared, diciéndome que le siguiera. Encontramos una puerta cochera; se refugió en ella apresuradamente, dejando escapar un ronquido de satisfacción. Como le interrogara acerca de esta fuga, me dijo:

—¿No vistes aquel hombre que llevaba un gancho y una banasta?

—Sí.

—Pues bien: si nos hubiera visto, nos habría matado y asado á la parrilla.

—¡Asados á la parrilla! (exclamé.) ¿Pero la calle no es nuestra?

V.

Habían ya vertido la basura delante de las puertas. Escarbé en los montones como un desesperado. Hallé dos ó tres huesos, mondos y limpios, revueltos con la ceniza. Comprendí entonces cuán suculenta es la asadura fresca. Mi amigo lo registraba todo concienzudamente. Me hizo correr hasta rayar el alba: no

perdonamos rincón ni descansamos un momento. Durante diez horas me cayó el agua encima. Temblaba como un azogado. ¡Maldita calle! ¡Maldita libertad! ¡Qué de menos echaba mi prisión!

Al amanecer, el gato padre, viendo que vacilaba:

—¿Tienes ya bastante? - me preguntó con aire extraño.

—¡Oh sí! le contesté.

—¿Quieres volver á tu casa?

—Ya lo creo; pero ¿cómo encontrarla?

—Ven; esta mañana, al verte, comprendí que un gato tan gordo como tú no había nacido para las ásperas alegrías de la libertad. Conozco tu casa. Te voy á dejar á la puerta.

Aquel digno gato decía esto sencillamente. Cuando hubimos llegado:

—Adiós,—exclamó, sin demostrar la menor emoción.

—No (grité); no nos separaremos así. Vente conmigo. Partiremos el lecho y la carne. Mi ama es una mujer excelente....

No me dejó concluir.

—¿Quieres callarte? (me interrumpió bruscamente.) Eres un tonto. Me moriría en medio de tanta molicie. Tu vida de satisfacciones es buena para los gatos bastardos. Los gatos libres no trocarán nunca su libertad por tus bofes y tu colchón de plumas. Adiós.

Saltóse al tejado. Vi su alta y flaca silueta ex-

tremecerse de gusto á las caricias del sol naciente.

Cuando entré en casa, su tía de V. cogió las disciplinas y me administró una corrección que recibí con alegría profunda, gustando ampliamente la voluptuosidad de tener calor y de ser golpeadó. Pensaba en la buena ración de carne que en seguida iban á darme.

VI.

—Ya lo ve Ud. (concluyó mi gato, esperezándose delante de las brasas); la verdadera dicha, el paraíso consiste en vivir encerrado, en recibir golpes, en una casa bien provista.

Hablo por cuenta de los gatos.

LILIA

I.

Vienes de los campos, Ninon; de los verdaderos campos, saturados de acres aromas, rodeados de anchos horizontes. No eres bastante tonta para ir á encerrarte en un casino, á la orilla de alguna playa á la moda. Vas adonde no va la multitud. buscas un agujero formado por el follaje, en plena Borgoña. Tu